

**ANTOLOGÍA
DE LAS
MEJORES
NOVELAS
POLICÍACAS**

TOMO XI

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1973 por la editorial ACERVO.

Índice de contenido

Cubierta

Antología de las mejores novelas policíacas - Vol. XI

Introducción

Correo para Elena (Luis Arrizabalaga)

GALERÍA DE PERSONAJES

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

Ojo por ojo, vida por vida (Noel Clarasó)

I

II

III

IV

La trampa (Carlos Clarimón)

I

II

III

IV

V

Un hombre de carácter (Francisco Cortés)

En el cielo no había ángeles (Francisco Faura)

I

II

III

IV

V

Señor juez... (Darío Fernández-Flórez)

Un cadáver bajo el agua (Antonino González Morales)

I

II

III

IV

V

VI

Un hombre llamado nadie (E. Jarnés Bergua)

I

II

III

IV

V

VI

La hora que no es (E. Jarnés Bergua)

Sólo un cuchillo (Joaquín Ruiz Catarineu)

I

II

La noche que fui asesino (Enrique Sáenz González)

I

II

III

IV

V

Atraco perfecto (Enrique Sáenz González)

I

II

III

IV

V

VI

En las horas grises (Tomás Salvador)

Una mujer tras la puerta (Tomás Salvador)

Cuestión de familia (Pedro Sangro Gsell)

I

II

III

IV

V

VI

VII

Introducción

Lo hemos dicho en otro lugar. La novela policíaca, en los últimos años, ha evolucionado de tal modo, que es apenas conocida. Salvo raras excepciones, los autores más cotizados del género han dado de lado el estilo clásico para imprimir a sus novelas un mayor dinamismo. Si antes, en los albores de la novela policíaca, primaba la intriga ante todo, hoy suele ir acompañada de otros elementos de casi tanto valor como la intriga misma.

¿Qué es, en concreto, una novela policíaca? Muchos son los estudiosos del tema que han intentado definirla, no solamente desde el campo de la crítica, sino desde el de los propios autores policíacos. Un escritor italiano, Alberto del Monte, es, a nuestro juicio, el que de una forma más correcta interpreta y califica la literatura de evasión por antonomasia. Para Del Monte, la mayoría de quienes se han preocupado del análisis y de la esencia de la novela policíaca parten de posiciones apriorísticamente determinadas. Pretenden individualizar esa esencia y realizar después hipótesis a base de esos presupuestos arbitrarios.

Peter Cheyney, Mickey Spillane, Carter Brown, Richard S. Prather y otros muchos, han dado a la novela policíaca un giro de noventa grados. Esto no quiere decir, sin embargo, que ese cambio se haya efectuado de una manera brusca y súbita. La evolución se había iniciado mucho más atrás. Para Del Monte, de una forma paulatina. Según este autor, la detección, dominante en un principio, es desbordada luego por la aventura, la acción y la emoción. «Se imprimió, se enriqueció y se complicó el repertorio de los personajes, de las situaciones, de las soluciones. El género ex-

perimentó la influencia de otros géneros y se subdividió en variedades dirigidas a públicos diversos».

Estamos convencidos de que no es aceptable, como todavía lo era hace un cuarto de siglo, el rótulo de novela policiaca pura o verdadera. Debemos admitir de una vez para siempre varias ramas, de gran vitalidad muchas de ellas, en un tronco común. Bajo el brillante y bien ganado título de novela de evasión, diferenciaremos tres grupos o corrientes: intriga, acción y suspenso.

Admitidas estas tres corrientes dentro de un nombre común, deja, pues, de ser válida asimismo, en un elevado tanto por ciento, la definición del detective actuando desde fuera, como quería Laín Entralgo. Todos los detectives «duros», e incluso los que no lo son tanto, partiendo del Lemmy Caution, de Peter Cheyney, o el Marlowe, de Raymond Chandler, hasta el de raza negra, Toussaint Marcus Moore, de Ed Lacy, o el Peter Duluth, de Patrick Quentin, una inmensa mayoría de ellos son pieza importante, a veces dramática, de la trama misma, corriendo riesgos continuamente.

El aspecto matemático y genial de las primitivas muestras del género clásico captó un sinnúmero de fieles lectores. Sin esta importante base no hubiera sido posible seguramente la proliferación de los otros géneros modernos. Pero es seguro que éstos poco o nada tienen que envidiar al primero. En todo el mundo se cultiva y se lee la novela policiaca en sus diferentes ramas. La aceptación de todas ellas es inmensa. Lo clásico, por supuesto, ha perdido creadores, pero todavía conserva adeptos.

¿Cuál es la razón del auge de los nuevos modos policíacos? Quizá que, como el detective ha dejado de actuar desde fuera, el lector, identificado en cualquier caso con él, goza de una emoción más activa ahora: la de sentirse actor, lo que en modo alguno podía ocurrir cuando el policía era poco más que un simple espectador intelectual, como, verbigracia, Philo Vance.

Resumiendo. Nunca se ha escrito mayor número de novelas policíacas que en la actualidad, si bien los cultivadores de la intriga al estilo clásico escasean cada vez más. Ejemplo claro lo tenemos en este nuevo volumen de las Antologías Acervo, nutrido exclusivamente por autores españoles: la fórmula suspenso aventaja con mucho a las otras dos. ¿Dejan de ser creaciones policíacas por eso? Opinamos que no. Sin embargo, luego de exponer nuestra teoría, no deseamos ser tajantes. De ahí que cerremos estas breves consideraciones sobre tema tan vivo y atrayente con aquellas palabras shakespearianas: «Existen más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las que sueña nuestra filosofía».

Antonino GONZÁLEZ MORALES

CORREO PARA ELENA

Luis Arrizabalaga

Nacido en Barbastro, Huesca, en 1921, Luis Arrizabalaga Español reside en Madrid desde 1934. Miembro de la primera promoción de Licenciados de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Central, pertenece a los servicios de la Banca Oficial y es asesor de una importante empresa exterior. Ha publicado numerosos trabajos sobre temas profesionales, y durante varios años fue colaborador de Radio Nacional de España comentando problemas propios de su especialidad. «Correo para Elena», la novelita que presentamos a nuestros lectores, obtuvo el premio «Antifaz de Oro», de la Editorial África, de Tánger. Posteriormente, firmadas con seudónimo, escribió un corto número de novelas largas, del género de intriga, que han sido traducidas al portugués y al francés. También ha publicado cuentos de otro tipo; pero, absorbido por sus tareas profesionales, se ha visto obligado a abandonar la literatura.

GALERÍA DE PERSONAJES

COMO los personajes principales de este relato son los miembros de una familia, facilitamos una relación de los

mismos, con sus características más importantes, lo que ayudará al lector a identificar inmediatamente a cualquiera de ellos y determinar el grado de parentesco que le une con los demás.

En aras de una mayor claridad, se ha preferido un orden genealógico, algo convencional, a otro alfabético que, forzosamente, hubiera adolecido del mismo defecto.

EULALIA (nacida Viedrell), anciana y rica viuda, asesinada.

ADELA hija de la anterior, casada con

ADRIÁN, consejero de varias empresas industriales.

CARLOS, único hijo de este matrimonio, estudiante. Nieto de Eulalia.

GERMÁN, viudo de otra hija de doña Eulalia, casado en segundas nupcias con

ANITA, antigua modelo de un conocido modista.

CLOTILDE, hija del primer matrimonio de Germán. Nieta también de doña Eulalia.

GINÉS, sobrino carnal de doña Eulalia, hijo de un hermano de ésta, ya fallecido.

CATALINA, esposa de Ginés, farmacéutica.

JULIÁN, sobrino también de la víctima, hijo de otro hermano. Procesado por el asesinato de su tía.

Otros personajes:

DIONISIA, doncella de la casa.

GOMAL, Presidente de la Sala de lo Criminal.

FERNÁN, Abogado defensor de Julián Viedrell.

PORTALES, Fiscal de la Audiencia de Madrid.

ALFREDO, Director de la Prisión Provincial.

PACO, funcionario de dicha prisión, y

ELENA Gomal, sobrina del magistrado Gomal, personaje «en off».

Nota: El autor no ignora la incorrección que se comete llamando «Juez» al señor Gomal. Los grados superiores de la carrera judicial, en España, son los «Magistrados», cate-

goría a la que se supone pertenece el citado personaje como Presidente de Sala de Audiencia.

El avisado lector se apercebirá de que son Julián Viedrell y algunos de los personajes «no juristas» quienes le califican de «Juez», como haría cualquier persona no experta en materia de Tribunales de Justicia.

I

Señorita Elena Gomal
Goya, 201. — Madrid.

Se preguntará por qué la escribo, señorita Gomal, pero será inútil que busque una explicación razonable para ello: no la hay. Siento la necesidad de escribir a alguien y la he elegido a usted.

Usted, señorita, me conoce, y yo, por el contrario, ignoro casi por completo quién es Elena Gomal. Sólo sé de ella que tiene el cabello castaño claro, los ojos azules, lindas facciones y una figura muy atractiva. ¡Ah! Sé otra cosa: que está terminando su carrera de Leyes y que el Presidente del Tribunal que, en estos momentos, delibera sobre mi sentencia, es tío suyo.

Por lo demás, ¿cómo es Elena Gomal?

No importa. Es, era más bien, una agradable figurita que asiduamente ocupaba un extremo del primer banco para el público en la Sala de lo Criminal de la Audiencia.

Y es que, ¿sabe?, alguna vez me pareció observar en sus ojos un destello de simpatía. Probablemente, por eso he decidido escribirle.

Para un reo de asesinato, la simpatía de alguien es muy importante. Piense que todos están en contra de uno. Sus amigos, sus parientes, parecen olvidarle, parece... como si quisieran arrancarle de sus vidas, convertirle en algo que no ha existido...

Usted, Elena —¿le importa que la llame así?— que ha seguido paso a paso toda mi tragedia, ha podido apreciarlo.

¡Julián Viedrell es un asesino! ¡Envenenó a su tía para heredarla!

Y la gente, esa gente aficionada a lo morboso, que tanto abunda, formaba largas colas para no perderse la fiesta. ¡Como si fuera la mujer con barba, o el monstruo de dos cabezas de la verbena!

¡Julián Viedrell: el espectáculo del año! ¡Pasen y véanlo, señores!

Usted, no. Usted era algo distinto allí. No iba a gozar con la función. Puede que, al principio, acudiera para estudiar, como un ejercicio conveniente para su futura carrera; acaso... por mera curiosidad: al fin y al cabo, el mío iba a ser el proceso del año. Pero luego, no. Luego había calor humano en usted y, no creo equivocarme, sólo veía en mí al hombre acorralado, despreciado por todos. Un hombre que apenas peleaba por su vida.

Y usted, Elena —lo habrá pensado más de una vez, pues en su actitud he adivinado la impaciencia, incluso el temor a veces—, se ha extrañado de mi apatía. Y quizá habrá llegado a creer también que, efectivamente, soy un asesino, puesto que no me rebelaba contra aquello.

De no ser así, se habrá dicho: ¿está cansado este hombre de la vida?

No, no estoy cansado de la vida. Creo que es algo muy hermoso, sobre todo ahora que... ¡Bah! ¡Tanto da! Sencillamente, me ha dolido ser una presa tan fácil; me ha amargado. Por eso no he luchado.

Ellos, todos, el Fiscal, los Magistrados, la sociedad, sólo se han preocupado de buscar motivos. Y encontraron en seguida uno muy bueno: mi apremiante necesidad de dinero. Pero olvidaron al hombre y, con ello, acaso se juzgaron a sí mismos. Porque si la necesidad, por muy apremiante que

sea, es suficiente motivo para matar, ¡cuántos y cuántos asesinos habría...!

¡Y por eso estoy ahora pendiente de sentencia...!

Y no. Soy inocente de matar por dinero. Acaso por otras razones pudiera hacerlo. No lo sé. De hecho, he matado: he estado en tres guerras. Pero eso es algo distinto.

Usted no conoció a la pobre tía Eulalia.

Era una ancianita alegre y vivaracha, siempre muy relimpia, de blancos cabellos y una cinta de terciopelo negro, con encaje, alrededor del cuello.

De niño, me llenaba siempre los bolsillos de caramelos. Más tarde, los dulces fueron sustituidos por monedas y, después, por billetes.

Todos dijeron de mí que era un tarambana, menos ella. Ella me comprendía. Sabía que no me gustaba lo de todos los días. Sabía que si había acudido a una guerra, y a otra, y luego a otra, era porque me gustaba la aventura, porque me interesaba ver mundo, porque anhelaba conocer cosas nuevas, experimentar emociones distintas, intensas.

No digo que me alentara, pero sí que me comprendía.

¡Elena! ¿Iba yo a matar a una persona así? ¿A la única en quien siempre encontré simpatía y afecto?

Mis padres murieron cuando acababa de cumplir los diez años. Desde entonces, hasta que vestí pantalón largo, viví interno en un colegio. De él salí para ir al frente, en 1936. Desde entonces no he tenido otro hogar que el de mi tía Eulalia, aunque no viviera con ella.

Esto, como se ha dicho durante el proceso, haría mi crimen más repugnante aún si, efectivamente, lo hubiera cometido. Pero, ya se lo he dicho antes, yo no podía matar a tía Eulalia. Y no la maté.

¿Recuerda el informe de Portales, el fiscal? Fue un magnífico discurso, no lo dudo, aun cuando a mis oídos sonara más bien como oración fúnebre:

«Julián Viedrell, un hombre de treinta y ocho años — una fiera, más bien, de treinta y ocho años—, el cual, en

completa ruina, acosado por los acreedores (¡qué oportuna la próxima subasta de "La Negrada", mi último bien sobre la tierra, con más hipotecas que árboles!), juega su última carta envenenando a su tía para recoger el millón que ha de corresponderle en la herencia...» «... y pido para él la pena de muerte».

¡Perfecto! ¡Un motivo perfecto!

Y aquí estoy, esperando mi sentencia.

Premeditación, alevosía, afán de lucro, desprecio de sexo y edad... ¡Todas, todas las agravantes se van sumando, una a una, para acabar conmigo!

Mi mundo es una celda. Un mundo de cemento y rejas, con un catre, una mesa, la silla y el lavabo. La reja, muy pequeña, está demasiado alta para poder asomarse a ella. A través de sus barrotes llega, a ratos, el rumor de las conversaciones de mis compañeros de prisión, cuando pasean o hacen ejercicio en el patio.

Estoy solo.

A veces me visita el capellán. Es muy viejecito, casi tanto como tía Eulalia, y su sotana negra, como la ropa de ella. También es alegre y simpático. Algunas veces jugamos al ajedrez. Siempre le gano. Al principio me traía libros, pero ahora me aburren.

Ahora quiero escribir.

De pronto, pienso si leerá usted esta carta, si llegará a sus manos y se molestará en abrirla.

No importa. Tengo necesidad de escribirle y lo haré. Lo haré con frecuencia.

Hasta el final, Elena.

JULIÁN VIEDRELL.

II

Elena: